

La debilidad militar norteamericana

Flabián Nievas y Pablo Bonavena

Desde muy temprano, dentro del campo militar, se reflexionó en torno la manera de medir las fuerzas militares propias y las de los enemigos. En ese vital ejercicio se consideraron, entre otras, dimensiones tales como el número y calidad de los efectivos, las posibilidades logísticas, la disponibilidad de reservas, el apoyo de la población, las potencias industriales, la disciplina, la capacidad técnica, el poderío de fuego, cuestiones geográficas y la fuerza moral. Las evaluaciones tuvieron y tienen un peligro, no siempre registrado, que remite al fetichismo de las magnitudes materiales y, dentro de éste, al fetichismo tecnológico. Nos referimos a la sobreestimación de los factores materiales por sobre los humanos. Así nos encontramos frecuentemente, e históricamente, con estimaciones sobre el equilibrio o no del poder militar fundamentadas exclusivamente a nivel técnico habida cuenta de ser tentadoras por su presunta precisión. Ya Karl von Clausewitz advertía sobre el problema de la sobrevaloración de los factores materiales, insistiendo en el peso que la dimensión humana, especialmente la moral, tiene en la guerra;¹ incluso, el desenlace de confrontaciones como las de Vietnam o más recientemente en Somalia parecen no poder enterrar definitivamente el defecto que hemos planteado.

El los últimos años, a partir de la disolución del bloque soviético, frecuentemente se habla del poderío militar norteamericano y su supuesto carácter de invencible. Esta opinión suele encontrar fundamento en la exposición de su capacidad tecnológica realizada en torno a la guerra conocida como “Operación Tormenta del Desierto”, donde fueron presentados públicamente artefactos como los “misiles inteligentes” con la capacidad de impactar sobre blancos específicos con una precisión que evitaría “daños colaterales”. Evidentemente nadie puede obviar esa dimensión del poderío militar norteamericano. Sin embargo, cuando se analiza con más profundidad la guerra real, lo que realmente sucede en el campo de batalla más allá de la profusa propaganda y manipulación de la información a través de los grandes medios de difusión, aparecen problemas que ameritan ser considerados para una evaluación profunda de la fuerza real de la primera potencia mundial. De hecho, los balances sobre estas alternativas de combate real abrieron un debate acerca del verdadero poderío militar de los ejércitos aliados y de los Estados Unidos en particular. Descontada la capacidad tecnológica, las miradas se orientaron hacia el factor humano pero, asimismo, se instaló nuevamente un álgido debate

¹ Puso de relieve la necesidad de contemplar la totalidad de los aspectos morales involucrados en la guerra (pasión, valor y razón) junto a otros factores como la “fricción”, la fatiga corporal, la incertidumbre, el azar y lo que llamó la “reacción vital”. Propuso el análisis del poderío militar considerando los medios físicos (recursos materiales disponibles y logística) y la firmeza de la voluntad o potencia moral.

en torno a algunos supuestos de la nueva concepción militar que enfatiza aspectos técnicos tales como la eficacia de los bombardeos.

El fetichismo tecnológico como ideología

En las últimas guerras, el gobierno norteamericano procuró imponer una percepción sobre la guerra desarrollando una argamasa ideológica basada en una supuesta posibilidad de realizar la guerra con un mínimo derramamiento de sangre. Tal objetivo se lograría, argumentan, por el gran desarrollo tecnológico que tiene, entre otros adelantos, las eficaces “armas inteligentes” que posibilitan ataques “quirúrgicos” de gran precisión. Podríamos decir que casi se afirma que tecnología ganará la guerra.

Sin negar la importancia de la tecnología, su sobrevaloración pone en evidencia un aspecto a considerar para determinar el poderío militar: la imposibilidad de movilizar a la población desde la constitución de una “ideología de la guerra”.² Tal debilidad obliga, no sólo a ocultar las bajas propias sino que también deben hacerse invisibles las bajas enemigas.³ Se hace menester presentar las guerras, además de necesarias, como alternativas que sólo provocarán un mínimo de bajas y muy acotadas. De allí las advertencias de los cuadros militares norteamericanos a su “opinión pública” sobre sus intentos de disminuir dentro de lo posible los “daños colaterales”. Por otra parte, la decisión de dar por terminada la guerra declarando su victoria antes que los iraquíes solicitara condiciones de rendición, sin haber alcanzado aún los objetivos políticos y militares, ponen en evidencia las dificultades políticas norteamericanas para desarrollar una guerra prolongada que requiere un apoyo importante de la propia población.

² Usamos esta noción en el mismo sentido que le otorga Losurdo, Domenico: “La comunidad, la muerte Occidente. Heidegger y la ideología de la guerra”. Editorial Losada. Buenos Aires, marzo de 2003.

³ Véase al respecto el interesante artículo de Sloyan, Patrick J.: “¿Y los cuerpos de la Tormenta del Desierto?”. Diario Clarín, 10 de noviembre de 2002. Asimismo, hay quienes hipotetizan que esto se debe a un cambio cultural. “La necesidad de reducir las bajas propias —y también, cada vez más, las del adversario— procede de un desplazamiento de la mentalidad de los países desarrollados. La sociedad occidental experimenta, y en buena hora, un intenso rechazo a la muerte [...]. La migración masiva a las ciudades separó a la población de los ciclos de germinación y ocaso que son la rutina de la vida rural. El degüello de un animal y la sangre a borbotones son imágenes olvidadas. Al mismo tiempo la estructura de las familias ha variado. Atrás quedaron las grandes concentraciones familiares en las que siempre se asistía a la muerte de algún pariente, lo que hacía de la extinción algo cotidiano. En nuestros días, los ancianos, separados de sus seres queridos, suelen expirar en una discreta soledad. El ajetreo urbano deja poco espacio para los ritos mortuorios. El busco descenso de la mortalidad infantil dejó de confrontar a mucha gente con lo que en el siglo diecinueve era común. Y los avances de la medicina en el terreno de la mitigación del dolor y la recuperación de enfermos otrora condenados han creado una sensación de que la muerte prematura constituye una negligencia.” Sohr, Raúl; *Las guerras que nos esperan*, Ediciones B, Santiago de Chile, 2000, págs. 116/7

La Segunda Guerra del Golfo⁴

Las fuerzas armadas de Iraq ocuparon Kuwait el 2 de agosto 1990, cerca de las dos de la mañana (hora de Bagdad) con tres divisiones de la Guardia Republicana, sin encontrar mayor resistencia de un ejército basado en el reclutamiento voluntario y mercenario. Para desarrollar la respuesta militar, Estados Unidos desplegó unos 545.000 efectivos a los que se sumaron unos 250.000 de las fuerzas aliadas, conformando una alianza de 28 naciones para enfrentar a las fuerzas armadas de Iraq que contaban, según estimaciones aproximadas, con unos 900.000 efectivos, de los cuales aproximadamente la mitad eran reservistas.

No obstante la potencia militar de los ataques aliados, que para aflojar la resistencia iraquí arrojaron 300.000 toneladas de bombas superando holgadamente la cantidad utilizada durante toda la Segunda Guerra Mundial, Irak mantuvo una capacidad militar considerable y una alta cohesión política de su régimen expresada, por ejemplo, en su capacidad para derrotar las revueltas internas que siguieron al alto el fuego. En el campo estrictamente militar, además, Irak logró sostener el lanzamiento de misiles balísticos durante toda la guerra (arrojaron un total de 93), derribaron 70 aviones tripulados, varios sin tripulación y muchos misiles cruceros. El sistema de minado de las costas, combinando minas de inducción magnética con artefactos de contacto, fue un obstáculo difícil de desentrañar. Por otra parte, a pesar de las bajas sufridas, la Guardia Republicana realizó peligrosos contraataques antes del alto el fuego y, anteriormente, en una incursión en Jafyi penetró 40 kilómetros en Arabia Saudí provocando importantes daños y tomando prisioneros.⁵

Tales circunstancias pusieron en tela de juicio la eficacia de los bombardeos que, por otra parte, no se redujeron al uso de “bombas inteligentes”. Solo el 6% de los bombardeos se realizaron con “misiles inteligentes”. La mayor cantidad de bombas fue arrojada desde una altura de 4.500 metros donde los vientos pueden afectar considerablemente la precisión. Además, los misiles crucero Tomahawk con ojivas de 1.000 kilos que fueron lanzados desde los barcos norteamericanos en el Golfo, como admitió la misma marina norteamericana, alcanzaron sus blancos en muy contadas oportunidades, ya que en el desierto la mayoría de los Tomahawks perdían el rumbo siendo, asimismo, un blanco fácil para la defensa antiaérea iraquí. Así se estima que su eficacia se fue reduciendo a un 10% de efectividad durante el transcurso de los combates. La contrapartida fue la poca capacidad para interceptar Scud que tuvieron los antimisiles Patriot, problema al que se sumó que no pudieron, según

⁴ Recordamos que la primera guerra fue la entablada entre Irak e Irán, de 1980 a 1988 con casi un millón de muertos. Bibliografía de Referencia para este apartado del artículo: Comandante de Artillería del Ejército Español Manrique, José María: “Más allá de la intoxicación: las verdaderas lecciones de la Guerra del Golfo”. Revista Defensa. Número Especial Julio/Agosto 1993. Editorial de Publicaciones de Defensa EDEFA. S.A.

⁵ Véase Manrique, José María: “Más allá de la intoxicación...”. op. cit.

un estudio oficial de la Fuerza Aérea norteamericana, destruir ni un solo lanzamisiles Scud durante toda la guerra.⁶

Para algunos análisis norteamericanos de los acontecimientos, la guerra de Iraq devolvió vigencia a la doctrina que postulaba que la sola utilización del fuego aéreo alcanzaba para ganar una guerra,⁷ puesta en crisis durante la Segunda Guerra y en Vietnam, ya que las fuerzas iraquíes habrían sido desbastadas por el poderío aéreo, demostrando que puede ser suficiente para ganar contiendas bélicas. Sin embargo, tales afirmaciones no parecen corresponderse con la realidad.⁸ Esta guerra, como otras, demostró una vez más que la sola utilización del poderío aéreo es incapaz de ganar el combate sin fuerzas de superficie.⁹

Sin embargo, la ideología acerca de la capacidad “mágica” del poder aéreo continúa dando vueltas: pensar que éste pueda procurar objetivos militares mediante ataques de precisión, con un mínimo “daño colateral” o de “bajas amigables”. Recuérdese el intento de expulsar las fuerzas servias de Kosovo con ataques exclusivamente aéreos.

La composición de las fuerzas armadas norteamericanas

Observando la composición social de las fuerzas estadounidenses desplegadas en las operaciones “Tormenta del desierto” y “Libertad duradera”, aun cuando de manera aproximada, es posible formarse una idea acerca de la base de ese fetichismo, y del núcleo de debilidad del ejército estadounidense en operaciones.

En la segunda guerra del Golfo Pérsico (“Tormenta del desierto”), cerca del 50 % del total eran de origen hispano (150.000 portorriqueños —28 %—), y 25 %, de raza negra. La media de edad era superior a los 25 años y muchos tenían responsabilidad de familia.¹⁰

⁶ Las rampas lanzamisiles móviles fueron una verdadera pesadilla para las fuerzas aliadas, debido a la alta capacidad de los señuelos para confundir los ataques. Las rampas fijas, unas treinta, sí fueron destruidas rápidamente según algunas evaluaciones.

⁷ Véase Mitchell, William: “Defensa Alada: El Desarrollo y las Posibilidades del Poderío Aéreo Moderno - Económico y Militar” de 1925. Reimpresión de 1988. Nueva York, Dover Publications, Inc.

⁸ Para un análisis de los problemas de la eficacia de los bombardeos, véase Hammond, Grant: “Mitos de la Guerra del Golfo: Algunas ‘lecciones’ para no aprender”. *Aerospace Power Journal*. Edición en español del Tercer Trimestre del 2000.

⁹ El coronel John Warden afirmó, sin embargo, que el poderío aéreo hubiese podido lograr el triunfo con una semana más de acciones. *La Campaña Aérea*, Nueva York, Excel Publishers, 1998.

¹⁰ Cf. Manrique, José María; *op. cit.*

El origen étnico es un indicador grueso de la clase social de origen del individuo. En general, tanto la comunidad hispana como la comunidad negra en EE.UU. son las más desfavorecidas socialmente. El hecho de enrolarse en el ejército en puestos de bajo rango (soldados) parecería confirmar esta presunción. Incluso, el tener de responsabilidad de familia, refuerza más aún esta hipótesis. De allí surge que son las necesidades personales (económicas, legales, etc.) las que priman a la hora del enrolamiento, y no una ideología de guerra.¹¹

Una situación de guerra es difícil de sostener adecuadamente sin una firme convicción del combatiente, ya que el llamado “stress de guerra” hace estragos en la tropa. Durante un combate se sufren incontinencias, mareos, náuseas, vómitos, taquicardia, etc. La reiteración de estas condiciones minan rápidamente al combatiente, si éste no tiene la fortaleza anímica necesaria para enfrentar situaciones similares a futuro.

Dada la ubicación del teatro de operaciones, y su geografía desértica, las deserciones no se dan en el campo de batalla, pero sí hay una cantidad de suicidios (nunca revelada oficialmente) que se presume importante, y que indicarían el nivel moral de las tropas estadounidenses.

En la tercera guerra del Golfo la situación parece acentuarse. En parte debido a que sólo se desplegaron 130.000 efectivos, dada la manifiesta dificultad de reclutamiento, que ha llevado al gobierno estadounidense a formular agresivas políticas para fortalecer ese aspecto mediante un sistema de bonificaciones.¹² Y en parte porque la situación descrita se fue acentuando.

Veamos algunos datos. Según un informe de la BBC, citado por la Comisión de Defensa del Centro de Estudios Nueva Mayoría,¹³ la cantidad de suicidios entre soldados norteamericanos fue un tercio más elevada entre las tropas ocupantes de Irak que en las que están destacadas en otros lugares (23). Asimismo, el 52 % de las tropas reportan baja o muy baja moral individual. Finalmente, el 72 % de las tropas manifiestan baja moral en las unidades de combate. Aunque carecemos de la información sobre cómo se construyó esta información, resulta claro que, más allá del preciosismo de unos dígitos en más o en menos, están evidenciando un problema en el ánimo de la tropa estadounidense.

Entre las hipótesis que intentan explicar este fenómeno está la que considera el alto grado de frustración por la imposibilidad de definir y/o controlar la situación militar contando con un armamento tan sofisticado como —vistos los resultados— poco útil para enfrentar el combate real que se les

¹¹ Algunos de los problemas del ejército estadounidense denotan esta carencia ideológica, por ejemplo, el que algo más de un tercio de las 1.200.000 mujeres soldados que lo integran hayan sido violadas o intentado serlo por sus camaradas de armas. Cf. Manrique, José María; *op. cit.*

¹² Se estima que las mismas subirán de U\$S 6.000 a U\$S 15.000 por tres años de servicio para ocupar aquellos cargos donde el personal escasea. Asimismo se otorgarán bonificaciones adicionales por nivel de estudio. Cf. Fraga, Rosendo, “Los problemas del reclutamiento militar”, en *Nueva Mayoría.com*, 13/08/04. La sesquuplicación del incentivo material es un buen indicador cuantitativo de la profundidad del problema.

¹³ Cf. “Situación moral de las tropas de Estados Unidos en el Golfo”, en *Nueva Mayoría.com*, del 29/03/04.

presenta, en un terreno urbano, y con la modalidad combinada de desgaste, guerrilla y atentados. En este sentido podría afirmarse que el problema radica en la crisis del fetichismo del armamento.

Otra cuestión no menos importante es el alto nivel de exposición a esta situación. Hasta febrero de este año, el ejército estadounidense habría perdido aproximadamente una cuarta parte de la fuerza combatiente efectiva desplegada;¹⁴ un número realmente desmoralizante, particularmente para una tropa cuyo principal compromiso no está en la guerra sino el mejoramiento de su calidad de vida al regreso de la guerra. Para expresarlo sintéticamente, un soldado que afronta un combate no como un fin en sí mismo, sino como un medio para su mejoramiento social al regreso, es un soldado más preocupado en salvarse que en derrotar al enemigo. La derrota del enemigo es deseada instrumentalmente, es decir, como forma de terminar su labor, a fin de realizar su deseo de regresar. En tales condiciones, ese soldado será renuente a asumir riesgos, eludiéndolos todo lo que le resulte posible, desarrollando una capacidad de “contratemeridad” nociva para el combate.

Entiéndase que no estamos hablando de valor o cobardía, que son atributos personales, sino de condiciones sociales objetivas que conducen a un contingente de personas a la guerra como forma de acceder a determinadas formas de vida, vedadas por otros carriles. Así, la guerra se convierte en una oportunidad laboral para decenas de miles de los actuales combatientes de los Estados Unidos en Irak.

Los cercanos límites del fetichismo tecnológico

En los párrafos precedentes expusimos dos elementos que, combinados, arrojan un resultado aparentemente paradójico, pero palpablemente real: la relativa debilidad militar norteamericana. Una tropa en un alto grado cuasi mercenaria —con los problemas que las tropas mercenarias tienen, analizadas a comienzos del siglo XVI por Maquiavelo— que, a diferencia de una tropa mercenaria, no toma la guerra como su profesión, sino como una actividad transitoria y que, por lo tanto, está más preocupada en “vivir por la patria” que en “morir por la patria”.¹⁵ De manera concomitante, un Estado

¹⁴ El cálculo lo realizamos en base a los siguientes criterios: de los 133.000 efectivos destacados en Irak, aproximadamente 56.000 son tropas de combate; el resto integra las unidades de apoyo, servicios, etc. Considerando, además, que de éstos solo la mitad está activa (por cuestiones de descanso), nos quedan 28.000 que en cada momento están en operaciones. En término de un año, tuvieron 528 muertos (llegaron a los mil en agosto de este año), a los que hay que sumarle unos 2.500 heridos y 7.500 evacuados por razones médicas. Considerando que es altamente probable que al menos tres de cada cuatro bajas se registre entre el personal combatiente, llegamos a que 7.500 de los 28.000 combatientes *efectivos* en cada momento fueron bajas. Cf. Fraga, Rosendo; “El factor humano limita el poder de los Estados Unidos”, en *Nueva Mayoría.com*, 06/02/04.

¹⁵ Descriptivo de esta situación es el comienzo del artículo de U. Eco, “La muerte jocunda (paráfrasis)”, que comienza diciendo: “«*Dulce et decorum est propatria mori.*» Adagio antiquísimo y mentiroso [...] Morir, especialmente por la patria es una cosa dolorosísima. El primer deber del buen ciudadano es vivir para la patria [...] Si luego el ciudadano muere, es lo que se llama un accidente de trabajo.” Cf. U. Eco, *Diario mínimo*. Península, Barcelona, 1973.

Mayor que intenta —objetivamente— suplir esta falencia con el desarrollo de un sofisticado arsenal de dudosa superioridad¹⁶ a la hora de su puesta a prueba.

Ciertamente puede parecer polémica esta afirmación acerca de la dudosa superioridad de los sistemas de armas más sofisticados desde el punto de vista tecnológico. En auxilio de la misma diremos que la ecuación costo / resultados puede arrojar situaciones sorprendentes. Veamos dos cuestiones:

1. “En Afganistán, un caza-bombardero *F-16* y un bombardero *B-2 Stealth* emplearon unas bombas de 500 libras, varias otras municiones de dispersión, y otras 16 bombas de 2.000 libras para atacar una camioneta Toyota con 15 supuestos combatientes del Talibán.”¹⁷ Puede argumentarse que se trata de un caso desafortunado, pero el infortunio puede hacer perder guerras, es decir, no es un argumento válido. No es la única “desprolijidad” computable a las Fuerzas Armadas estadounidenses.
2. Por otra parte, “los atentados explosivos de Bali y de Grozny dejaron 192 muertos el primero y 80 el segundo. Timothy McVeigh no necesitó una ‘bomba sucia’ para desatar el terror en la ciudad estadounidense de Oklahoma City; una sola carga rudimentaria alcanzó para cometer un atentado mortal en la estación Port-Royal del metro de París, mientras que unos pocos cuchillos le alcanzaron al comando suicida que el 11 de septiembre de 2001 perpetró una verdadera matanza en Nueva York.”¹⁸ Es decir que no es necesario contar con un arsenal de alto desarrollo tecnológico para producir una devastación. Justamente las llamadas “armas de destrucción masiva” son, en general, de escasa complejidad y bajo costo.¹⁹

De este modo llegamos a un doble límite del fetichismo de la tecnología: por una parte, ese enorme desarrollo tecnológico carece en gran medida de justificación, habida cuenta que no son necesariamente las armas más destructivas, ni tienen la precisión pretendida.²⁰ Por otra parte, no suple el factor humano, en dos niveles: a) en lo que hace a la ideología de guerra, insustituible para el desarrollo de un conflicto armado, e, íntimamente ligado a esto, b) no suple el aspecto político de una guerra, que es lo que determina tanto el inicio, como el curso y el fin de un conflicto armado.

¹⁶ Tanto por su potencial destructivo como por su nivel de precisión en la destrucción, cualquier clasificación de los sistemas de armamentos resulta problemática.

¹⁷ Reese, Timothy; “Potencia de fuego de precisión: bombas inteligentes, estrategia ignorante”, en *Military Review*, enero-febrero de 2004.

¹⁸ Barriot, Patrick y Bismuto, Chantal; “Convencionales o no, matan civiles”, en *Le Monde Diplomatique*, N° 47, mayo de 2003.

¹⁹ La afectación de un área es unas 2.000 veces más cara con armas convencionales que con armas biológicas. Cf. Lema, Martín; *Guerra biológica y bioterrorismo*, UNQui, S/D, pág. 9.

²⁰ Como lo reconoce Reese, “la precisión de las armas guiadas ha mejorado mucho desde su introducción a fines de la guerra en Vietnam; no obstante, la precisión de estas armas en el entorno real nunca es tan precisa como su nivel de publicidad.” Reese, T., *op. cit.*

Hemos hablado antes de la ideología de guerra. Es el vector moral de mayor importancia para el combatiente. Pero nada hemos dicho del segundo aspecto aquí señalado, el aspecto político de la guerra. En cualquier dimensión que se considere, la política debe desplegarse con una fuerza humana. Nuevamente en este punto —esencial— la superioridad tecnológica no se traduce en superioridad absoluta. Pensar la superioridad bélica en función de la primacía tecnológica se torna, por lo tanto, en un pensamiento fetichista.